

EL ARTE DE
TRATAR A
LAS
MUJERES

INTRODUCCIÓN

Franco Volpi

“Si el mundo nació por un capricho de Dios, entonces la mujer es el ser en el cual el Supremo Hacedor quiso manifestar a cabalidad el lado impredecible de su insoldable naturaleza”. Este postulado, que, de hecho, no dista mucho de las convicciones más arraigadas en el ánimo masculino, debería por sí solo persuadir a cualquier hombre o mujer de la utilidad de este pequeño ensayo. El tema es delicado, pero no puede ser eludido.

¿Qué pueden enseñarnos los filósofos –por definición depositarios de la sabiduría, pero en bancarrota en asuntos del amor- sobre como tratar mujeres? ¿Qué nos aconsejan para manejar sus undívagos comportamientos y frenar, así, este nuestro oscuro objeto del deseo? ¿Qué estrategia sugieren para complacer al gentil sexo?

FILÓSOFOS Y MUJERES: UN “DESENCUENTRO” SECULAR

Desde tiempos antiguos las relaciones entre los filósofos y las mujeres han sido marcadas por un desencuentro irremediable. Si repasamos la historia del pensamiento filosófico desde esta perspectiva, a simple vista se puede tener la impresión de que la filosofía fue y será siempre un asunto meramente masculino.

Sin embargo, si miramos bien, veremos como no faltan, desde la Antigüedad, las figura de mujeres pensadoras. En el primer siglo a. C., el estoico Apolonio encontró material suficiente para redactar una historia de la filosofía femenina, y Filócoro escribió todo un libro acerca de las filósofas pitagóricas, que fueron, en realidad, una multitud. Pero, nuestra mayor gratitud es con el escritor y erudito Pilles Ménage, asiduo visitante del Hotel de Rambouillet, muy admirado por Madame de la Fayette y Madame de Sévigné, que pasó a la historia por la caricatura que de él hizo Molière en el personaje Vadius de *Las mujeres sabias*. Recorriendo pacientemente los siglos, Ménage recopiló en 1690 una *Historia mulierum philosopharum*, que aún resulta provechosa y divertida de leer.

Pero, cabe preguntarse: ¿cómo es que, de todas las venustas filósofas ahí nombradas, no quedó un solo pensamiento, ningún fragmento se salvó de la furia destructiva del tiempo? ¿Fue tal el caso o debemos pensar, con Hegel, que en este campo la historia universal (*Weltgeschichte*) emitió su veredicto universal

(*Weltgericht*)? Es decir, que tal vez, en el fondo, aquellos pensamientos no ameritaron ser conservados.

Sea como fuere, la tradición del pensamiento occidental, a pesar de la diversidad de las posiciones, las tendencias y las escuelas que lo constituyen, muestra una inquebrantable capacidad de apartar, por principio o de hecho, al sexo femenino, de excluirlo de un papel activo en la filosofía. Si la comparación no suscitara hilaridad, y si alguien ya no lo propuso, podríamos aventurar la siguiente tesis: así como Heidegger afirmó que la filosofía occidental se caracteriza por el “olvido del Ser”, nosotros podríamos sostener que ella está signada por un olvido mucho más impactantemente escandaloso: “el olvido de la mujer”.

Desde Tales, escarnecido por una sirvientilla de Tracia, hasta Wittgenstein, enredado con Marguerite, los filósofos han contribuido sistemáticamente a este ostracismo, tanto en la teoría como en la práctica. Una prueba indirecta de este *desencuentro* es, por ejemplo, el hecho de que ninguno de los filósofos más antiguos, los presocráticos, se hubiera casado. El primero en traspasar ese umbral fue Sócrates, que se casó con Jantipa. Sin embargo, todos sabemos las consecuencias.

El mismo Platón, que en todo lo demás consideraba a Sócrates como el modelo, se abstuvo por completo de seguir su ejemplo en este sentido, pese a que en *La República*, reivindica la igualdad de derechos para las mujeres, admitiéndolas realmente en el estudio de la filosofía. Lo malo es que en esta obra, el tan sólo presenta una utopía. En el *Timeo*, por el contrario, cuando expone la doctrina de la metempsicosis, sostiene que las almas son, en origen, masculinas: aquellas que viven de manera indigna están destinadas a reencarnar en un cuerpo femenino; y si vuelven a comportarse mal, transmigrarán a un cuerpo de animal. De esta forma, termina por asignar a la mujer el estado de ser inferior, a mitad de camino entre el hombre y el animal.

Otro seguidor de Sócrates, Antístenes el cínico, afirmaba que el amor es un vicio natural y que si Afrodita se le acercaba lo siguiente, la aniquilaría con una saeta (Clemente Alejandrino, *Stromata*, II, 20, 107, 2). A fin de evitar todas clase de problemas, su alumno Diógenes de Sinope, recomendaba la práctica del autoerotismo (Diógenes Laercio, *Vitae philosopharum*, VI, 2).

Para poder encontrar un gran filósofo capaz de mantener un matrimonio normal hay que llegar a Aristóteles, quien, de hecho, logró conciliar la vida

contemplativa con la conyugal: se casó con Pitia y con ella tuvo una hija. Además, luego de enviudar, recibió en su casa a otra mujer, Herpilis, que le dio un segundo hijo, Nicómaco. Por el cariño con que en su testamento habla de las dos, podríamos deducir que ambas uniones fueron felices: el estagirita dispuso que los restos de su esposa fuesen colocados al lado de los suyos, y dejó parte de su herencia a Herpilis.

Sin embargo, para corroborar cuán arriesgada estaba la idea de la incompatibilidad entre actividad filosófica y presencia femenina, basta ver cómo los siglos le achacaron al inocente “maestro de los que saben” una tradición denigratoria que difundiría una imagen poco edificante de sus relaciones con el otro sexo. Se trata del tema de Aristóteles y Fílida, del sabio y la bella cortesana, retomado, a través de la intermediación árabe, de una veta oriental (*Pañcatantra*) presente en distintos cuentos medievales y representaciones artísticas, entre ellas una célebre xilografía de Hans Baldung Grien. La encantadora Fílida distrae con sus gracias al joven Alejandro, cuya educación había sido confiada por su padre Filipo, rey de Macedonia, a Aristóteles. Éste se queja al rey, que le prohíbe al fogoso adolescente verse con la hermosa muchacha. En venganza, ésta le promete al filósofo sus gracias, a condición de que él, andando a gatas, se deje cabalgar por ella. Seducido por sus encantos, Aristóteles acepta ignorante de que la astuta joven había informado al rey del espectáculo. Convertido en el hazmerreír de la corte macedónica, el gran pensador, avergonzado se retira entonces a una isla, para escribir un tratado sobre la perfidia femenina.

No es que posteriormente las relaciones entre los filósofos y las mujeres hayan mejorado, ni siquiera en la era moderna. Incluso el mismo Kant, exponente máximo del iluminismo, que eleva a principio el coraje de usar el propio intelecto contra todo preconcepto y autoridad, parece perder con las mujeres la luz de la razón. Es cierto que este filósofo emancipa a la mujer de la sumisión primitiva y bestial al hombre, concediéndole el derecho de la “galantería”, es decir la “libertad de tener varios amantes”. Pero, por otro lado, le niega el derecho al voto, acumulando, con gran prosopopeya, una serie de prejuicios, ironías e impertinencias sobre el sexo femenino, que presenta como el resultado científico de una “antropología pragmática”. ¿Un ejemplo?: “Las cualidades de la mujer se denominan debilidades”. Otro más: “El hombre es fácil de descubrir; la mujer, por el contrario nunca devela su secreto, pese a que (por su locuacidad) difícilmente puede guardar el de otros”. O este: “Con el matrimonio la mujer se libera, el hombre pierde su libertad”. Y sobre la cultura

femenina: “Las mujeres eruditas usan los libros casi como reloj de esos que llevan para mostrar que tienen uno, así muchas veces no ande o esté desajustado”.¹ Y como esos, más. Cabe aquí pensar que en asunto de mujeres el insospechable Kant ha sido el modelo de las maldades de Schopenhauer y Nietzsche.

De todas formas, es bien sabido que, en mujeres y en amor, los grandes filósofos no son generalmente muy diestros. Si al cabo deciden meterse en ello, caen en desdichas, líos y desastres: Abelardo con Eloísa, Nietzsche con Lou, Weber con Else, Scheler con sus muchas amantes, Heidegger con Hannah, Wittgenstein con Marguerite. No viene al caso continuar con la vergonzosa lista, mitigada sólo en parte por algunos *exempla in contrarium*: el amor de Schelling por Caroline, el idilio de Comte con Clotilde, la simbiosis de Simmel con Gertrud (autora, tras un seudónimo, de importantes libros), y el arrollador encuentro entre Bataille y Laure.

EL CASO SCHOPENHAUER

Todo lo anterior se resume en una sencilla y única recomendación hermenéutica: durante la lectura del presente tratado hay que tener presentes los condicionamientos y las circunstancias, es decir, el gran peso de la tradición machista y los prejuicios atávicos que gravitan sobre la pluma de Schopenhauer. No obstante, hay que reconocerle, al menos, el mérito de haber tomado en serio el problema de la relación entre la filosofía y las mujeres. Después de él, y después de Nietzsche, ya no será posible ignorar este problema.²

A decir verdad, ya en los tiempos de Schopenhauer el clima estaba cambiando. Las grandes figuras femeninas del iluminismo y del romanticismo habían demostrado, con sobradas evidencias, la necesidad de extirpar el machismo desde sus raíces, dando curso a lo que sería la “gran marcha de la mujer hacia la emancipación”. Desde que el joven Friedrich Schlegel, en su obra *Diotima* (1795), había elevado la figura femenina de *El banquete* platónico a modelo para la nueva mujer que busca en el *eros* su propia realización, pero sobre todo después de *Lucinda* (1799), la novela cuya inspiración no era ya

¹ “Anthropologie in pragmatischer Hinsicht” (1798), en *Kants gesammelte Schriften*, con notas de la Königlich Preussische Akademie der Wissenschaften, vol. VII. Reiner Berlín, 1907; pp. 303-311.

² Aún falta un estudio sobre Schopenhauer comparable al que se ha escrito sobre Nietzsche: Carol Diethe, *Nietzsche's Women: Beyond the Whip*, Berlín-New York, de Gruyter, 1996.

Platón sino más bien Dorothea Mendelsohn, que había dejado a su esposo para unirse a él, se había iniciado una verdadera revolución de ideas y de costumbres. Junto a Dorothea, todo un batallón de figuras femeninas personificaba, desinhibidamente, la nueva moda: Germaine de Staël, amante de Talleyrand, quien tuvo una turbulenta relación con Benjamin Constant y luego otra más tranquila y espiritual con el propio Schlegel; Caroline Michaelis, “La señora Lucifer” que, tras la muerte de su primer marido, volvió a casarse con August Wilhelm Schlegel y después con Schelling; Henrietta Herz, que le enseñó hebreo al exaltado Wilhelm von Humboldt e italiano a Schleiermacher; también Caroline von Günderrode, la desdichada amante de Creuzer, obligada al suicidio por su pasión; Bettina Brentano; Rahel Varnhagen von Ense y muchas más.

Johanna Troisiener Schopenhauer, madre de nuestro Arthur, pertenecía a este batallón de mujeres y tenía grandes ambiciones literarias. La edición, que ella misma ordenó, de sus obras completas –resumen de viajes, novelas, diarios, y hasta un estudio sobre Jan Van Eyck y la pintura flamenca– alcanza 24 volúmenes. Luego del suicidio de su esposo, se mudó a Weimar, en ese entonces trastornada por el avance de Napoleón hacia el corazón de Prusia. Johanna formó a su alrededor un círculo literario frecuentado, entre otros, por Goethe, Wieland, los dos Schlegel y Tieck.³ Libre de toda inhibición, también llevó a su casa a un joven amante, Friedrich Müller von Gerstenberg. Cuando Arthur llegó a reunirse con ella en Weimar, quedó profundamente turbado por la escandalosa relación que, con su joven hermana Adela, tuvo que presenciar. Al desconcierto siguieron los celos, la irritación y finalmente el rencor. Pero Johanna, que al fin podía disfrutar su libertad de padres y maridos, no tenía la menor intención de renunciar a sus conquistas por amor a su hijo, del cual, además, no resistía el carácter “absolutamente malévolo” y su obsesivo apego al patrimonio. En sus cartas, cansada del papel de madre reivindica su independencia como mujer: “Nosotros dos somos *dos*”, le había escrito Arthur, ella lo tomó al pie de la letra para defender su propio espacio individual de las intromisiones filiales. El joven filósofo hubiera querido, en cambio, reconquistar a su madre para el hogar, es decir, para sí mismo; pero, desplazado por el amante,

³ Cfr. Anke Gilleir, *Johanna Schopenhauer und die Wiemarer Klassik*. Hildesheim, Olms, 2000.

asumió con odio la situación, la madre, las mujeres y el mundo entero, y se fue de la casa.⁴

Su difícil relación con la figura materna es probablemente el origen de su exacerbada misoginia y de la indefendible y casi caricaturesca imagen de la mujer que Schopenhauer pretende asentar sobre bases metafísicas en su obra. Una mirada a su vida puede explicar muchas de sus singulares convicciones al respecto. “Conozco a las mujeres”, confesará ya viejo a su alumno Adam Ludwig von Doss: “Para ellas el matrimonio sólo es como una institución de asistencia. Cuando mi padre, pobre y enfermo, se vio reducido a una silla, se habría quedado abandonado si un viejo sirviente no se hubiese encargado cariñosamente de él. Pero, mientras él se apagaba lentamente en su soledad, mi señora madre organizaba fiestas; y mientras él sufría amargamente, ella se divertía. ¡He aquí el amor de las mujeres!”.⁵

DE FRACASO EN FRACASO

A decir verdad, casi por los mismos días en que se produjo el alejamiento de su madre, Schopenhauer tuvo una oportunidad única para corregir su imagen pesimista del otro sexo. Se había enamorado de Carolina Jagemann, *prima donna* del Hoftheater de Weimar, que más tarde se hizo amante del duque Karl August, y le confió a su madre: “Llevaría esta mujer a mi casa así la encontrara empedrando una carretera en el campo”.⁶ Sin embargo, este amor no pasó de ser platónico, y cuando, al cabo de algunos años, los dos volvieron a verse en Frankfurt, ya era demasiado tarde. En aquella oportunidad, el ya maduro filósofo le contaría, para gozo de ella, la historia de los puercoespines, que acababa de anotar y que publicaría al final de *Parerga y paralipómena*: unos puercoespines que, para protegerse del frío invierno mediante su calor, querían arrimarse uno a

⁴ Véase *D Schopenhauers. Der Familien-briefwechse! von Adele, Arthur, Heinrich Floris und Johanna Schopenhauer*, Zürich, editada por Ludger Lütkehaus Haffmans, 1991; Arthur Schopenhauer, *Tagebuch einer Einsamen*. München, editado por Heinrich Hubert Houben, Mattes & Seitz, 1985.

⁵ A. Schopenhauer, *Gespräche*, Stuttgart-Bad Cannstatt, editado por Arthur Hübscher, Fromman-Holzboog, 1971, p. 152.

⁶ A. Schopenhauer, *Gespräche*, ya citado, p.17.

otro, pero a cada intento las púas los chuzaban, obligándolos a separarse.⁷ Esto es lo que sucede también a los seres humanos.

Nada platónico tuvo, sin embargo, la relación de Schopenhauer con una joven camarera en Dresden, a donde se había mudado en mayo de 1814: el hijo del pecado murió poco después del alumbramiento. En efecto, a pesar de su declarada misoginia y del elogio filosófico de la vida ascética, nuestro héroe se inclinaba a la “pasión longitudinal” y no renunciaba para nada a los placeres de la carne. En resumidas cuentas, predicaba mal, pero actuaba bien.

En su primer viaje a Italia, emprendido cuando entregó los manuscritos de *Mundo*, en el otoño de 1818, tan pronto llegó a Venecia se embarcó en una aventura con una tal Teresa Fuga, dama de dudosa reputación.⁸ Fue a causa de ella que fracasó el previsto encuentro con Byron, como refiere el músico Robert von Hornstein, al evocar en sus *Memorias* los coloquios con el viejo Schopenhauer. Éste se deleitaba contando a los huéspedes que en el mismo año (1818-1819) habían coincidido en Italia los tres mayores pesimistas de Europa: Byron, Leopardi y él. “Una tarde”, cuenta von Hornstein, “estábamos hablando de Byron, cuando se lamentó de no haberlo conocido a causa de su propia estupidez. ‘Yo tenía una carta de recomendación de Goethe para él. Me quedé en Venecia unos tres meses, cuando Byron también estaba allí. Siempre tuve intención de ir a visitarlo para entregarle la carta de Goethe, pero un buen día desistí por completo de hacerlo. Un día estaba de paseo con mi amada en el Lido, cuando mi Dulcinea, con gran excitación, exclamó: ¡He aquí al poeta inglés! Byron pasó de carrera frente a mí, montando a caballo, y al mujer no hizo otra cosa que recordar esta impresión durante todo el día. Fue entonces cuando decidí no entregar la carta de Goethe: le tuve miedo a los cuernos. ¡Cuánto me arrepentí de ello!’ . Y se golpeó la frente”.⁹

En Florencia, Schopenhauer aumentó la lista de sus conquistas con una hermosa perla: una noble inglesa que desde su brumosa tierra natal había venido a la apacible ciudad toscana para curarse de la tuberculosis. El filósofo se encendió con una “profunda pasión” y la “trampa” del matrimonio, “que la naturaleza nos tiende”, estuvo a punto de dispararse. Sin embargo, la incurable

⁷ Leáse la carta de Schopenhauer a Julius Frauenstädt del 2 de enero de 1852, en *Gesammelte Briefe*, Bonn, editado por A. Hübscher, Bouvier, 1978, pp.272-273.

⁸ Podemos leer la jugosa reconstrucción hecha por A. Verrecchia, “Schopenhauer y la despierta Teresa”, en *Schopenhauer-Jahrbuch*, 56, 1975, pp. 187-198.

⁹ A. Schopenhauer, *Gespräche*, ya citado, p. 220.

enfermedad de la amada indujo a nuestro tímido sabiondo a replegarse sobre el principio de que el matrimonio no le conviene a la vida especulativa. De todas formas –si creemos lo que dice su hermana Adela –, éste fue el gran amor de su vida.

De regreso a Alemania, en Berlín, Schopenhauer buscó consuelo en los brazos de Caroline Richter Medon, una corista del Nationaltheater con quien tuvo una inconstante pero intensa relación, tanto que se acordó explícitamente de ella en su testamento. Dicha relación, guardada en secreto por largo tiempo, fue turbada por litigios y celos, pero sobre todo por el hecho de que, encontrándose Schopenhauer en Italia por segunda vez desde 10 meses atrás, ella dio a luz a un hermoso varón: Carl Ludwig Gustav Medon. No es de extrañar que en su diario Schopenhauer anotara: “Los hombres son mujeriegos durante una mitad de su vida, y en la otra mitad llevan cuernos; por consiguiente, las mujeres se dividen traicionada y traicioneras”.¹⁰ Y a la primera oportunidad trató de desquitarse. En 1827, habiendo conocido a Flora Weiss, la hija de 17 años de un comerciante de arte, le hizo, de inmediato, propuesta de matrimonio, olvidando todas sus reglas de prudencia. “Casarse, como él mismo había afirmado, equivale a meter la mano en un saco con los ojos vendados y pretender sacar una anguila entre un montón de culebras”.¹¹ Además, por bien que salga, el matrimonio implica “demediar los derechos propios y redoblar los deberes”.¹² Sin embargo, por una tierna belleza el filósofo estaba dispuesto a arrojar por la borda toda su sabiduría. Suerte para él, por lo tanto, que dicha propuesta fuera rechazada: “Todavía es un niña”, respondió el padre escandalizado, que enseguida mitigó su indignación al enterarse del patrimonio del pretendiente. No obstante, la muchacha no quiso saber de entregar su primavera al arrugado pensador.

Pese a las desavenencias, cuando en 1831 Schopenhauer dejó a Berlín, infestada de cólera, con destino a Frankfurt, quería llevarse consigo a Carolina Medon con un condición: que el hijo, fruto de su traición, se quedará en Berlín. Caroline, como toda buena madre, fue firme y dejó que el filósofo partiera sin ella.

¹⁰ A. Schopenhauer, *Der handschriftliche Nachlass*, Frankfurt a. M., editado por A. Hübscher, 5 volúmenes en 6 tomos, Kramer, 1966-1975, vol. II, p. 162.

¹¹ A. Schopenhauer, *Gespräche*, ya citado, p. 152.

¹² A. Schopenhauer, *Parerga und paralipómena*, Wiesbaden, editado por A. Hübscher, tercera edición, Brockhaus, 1972, vol. VI, p.659.

Para completar el cuadro de los asuntos femeninos de Schopenhauer en Belín, hay que recordar el penoso incidente con una tal Caroline Marquet, costurera vecina suya. Tras un altercado frente a su casa, donde la desfachatada mujer se había quedado a charlar con otras comadres, interrumpiéndole sus reflexiones –algunos biógrafos maliciosos sostienen que fue durante uno de sus discretos encuentros con la costurera–, Schopenhauer la maltrató al punto de causarle lesiones corporales. Tras una serie de procesos judiciales que duraron unos cinco años, fue condenado por *Realinjurie* a pagarle una renta vitalicia. Tras la muerte de la mujer, haciendo un juego de palabras, el filósofo anotó: “*Obit anus, abit onus*”, “Al desaparecer la vieja, desaparece la obligación”.

Así, pues, de fracaso en fracaso, nuestro héroe, tras mudarse a Frankfurt, llegó a la firme determinación de renunciar definitivamente al matrimonio. Mas no del todo a las mujeres, es decir, a una “*petite liaison, si nécessaire*”. Allí tuvo, no sabemos de quien, otro hijo ilegítimo, que murió poco después del parto.

DULCIS IN FUNDO

La vejez le reservaría una sorpresa a Schopenhauer. Mientras “el Nilo va llegando al Cairo”, podemos leer en sus cartas el alivio por haberse liberado de las cadenas del sexo y de aquella oscura fuerza metafísica que es la voluntad. Pero, justamente, en ese momento, Cupido le lanza un último e inocuo dardo: una joven escultora, Elizabeth Ney, que con miras a esculpir su busto, lo visita en el otoño de 1859, quedándose en su casa casi un mes. El venerable anciano se entusiasma: “Trabaja durante todo el día en mi casa –le cuenta a von Hornstein, frotándose con satisfacción las manos– y cuando regreso de almorzar, tomamos juntos el café, sentados uno cerca del otro en el sofá: me siento como si estuviera casado.”¹³ El idílico entendimiento con la joven artista, que lo consiente al máximo, hace tambalear su imagen pesimista de la mujer, originada por la turbulenta relación con su madre y teorizada durante años sobre bases pseudometafísicas. En una tardía retractación, confía a una amiga de Malwida von Meysenbug su evolución a un juicio más favorable: “Sobre las mujeres no he dicho aún mi última palabra: creo que la mujer, si logra salir de la multitud o, mas bien, si logra elevarse por encima de ella, puede crecer indefinidamente, y aún

¹³ A. Schopenhauer, *Gespräche*, ya citado, p. 225.

más que el hombre, a quien la edad le fija una frontera, en tanto que la mujer se desarrolla cada día más”.¹⁴ Así no sea verdad, es una muy buena ocurrencia.

LA MUJER SIN CUALIDADES

El presente tratado es un florilegio de sentencias en las que Schopenhauer expone su concepción acerca de la mujer. Lo hemos recopilado a partir de la revisión de sus escritos editados e inéditos, en especial la célebre “Metafísica del amor sexual”, capítulo 44 de los “Suplementos” a la segunda edición (1844) de *El mundo como voluntad y representación*, y luego el pequeño ensayo *Acerca de las mujeres*, incluido en *Parerga und paralipómene* (1851) y el *Nachlass*.

La escogencia y la distribución de las máximas por temas, obviamente son nuestras, pero poseen un *fundamentatum in re*, ya que ponen en evidencia, según su orden, los aspectos y los problemas centrales de nuestro personaje. Y no solamente eso: la antropología de Schopenhauer acerca del comportamiento femenino, que en sus intenciones es científica y objetiva, nos muestra en realidad toda la preocupación de alguien que, herido en el alma, escribe *cum ira et studio*. Esta es la razón por la cual las sentencias, en lugar de ser descripciones neutrales, se convierten más bien en un catálogo de consejos para prevenir al sexo masculino de las fatales insidias, riesgos y agotadores conflictos que, inevitablemente, derivan de las relaciones con las mujeres. En resumen, se trata de un arte verdadero y propio –al estilo de los manuales ya publicados–¹⁵ para tratar, de manera conveniente, al sexo opuesto y sus volubles comportamientos.

Obviamente, para nosotros, hombres y mujeres de hoy, resulta muy fácil ver que Schopenhauer no conoce, o ignora deliberadamente, la inagotable riqueza del eterno femenino: concepto como *femme fatale*, *femme fragile* o *femme vamp* de seguro no hacen parte de su repertorio. En suma, la de Schopenhauer es una mujer sin cualidades. Pero, precisamente por eso, de su pluma brotan proposiciones ricas de amenidad y gracia, que –como un *hors d’age* clásico–, resultan divertidas para todos.

¹⁴ A. Schopenhauer, *Gespräche*, ya citado, pp.376-377. Acerca de la conversión del viejo Schopenhauer, remito al texto medio humorístico que escribimos con Wolfgang Welsch con ocasión del bicentenario del nacimiento del filósofo: “Schopenhauer schwere Stunde”, en *Schopenhauer im Denken der Gegenwart*, München-Zürich, editado por Volker Spierling, Piper, 1987, pp. 290-298.

¹⁵ Todos ellos se encuentran en Adelphi: *El arte de tener razón* (1991), *El arte de ser felices* (1997), *El arte de hacerse respetar* (1998), *El arte de insultar* (1999). De los dos primeros hemos editado también la edición alemana: *Die Kunst, Recht. Zu behalten*, Frankfurt a M., Insel 1995; *Die Kunst, glücklich zu sein*, Beck, München, 1999.

I

LA NATURALEZA DE LA MUJER

EL TÉRMINO

El término “hembra” (*Weib*) ha caído en descrédito, aun cuando sea del todo inocente, designa el sexo (*mulier*). “Mujer” (*Frau*), por le contrario, es la hembra casada (*uxor*); y llamar mujer a una muchacha es disonante.

EL BELLO SEXO

El sexo femenino, de baja estatura, de hombros estrechos, de caderas anchas y de piernas cortas, puede ser llamado el sexo bello sólo por el intelecto masculino, nublado por el instinto sexual; en pocas palabras, toda la belleza femenina reside en este instinto.

EL SEGUNDO SEXO

Las mujeres son *sexus sequior*, el segundo sexo, que desde *todo* punto de vista es inferior al sexo masculino; por ello, hay que respetar la debilidad de la mujer; sin embargo, es extremadamente ridículo profesar veneración a las mujeres: ello nos rebajaría incluso a los propios ojos de ellas.

SERES SIN INTERESES

Las mujeres son incapaces de tener un *interés puramente objetivo* en algo, y ello, debido, según mi parecer, a lo siguiente: el hombre trata de alcanzar siempre un dominio *directo* sobre las cosas, bien sea mediante la comprensión, o mediante la constricción. La mujer, con un dominio *indirecto*, es decir, por medio del hombre, el único al que puede dominar directamente. Por tanto, está en la naturaleza de las mujeres considerar todo sólo como un medio para conquistar al macho, y su interés hacia cualquier otra cosa es siempre sólo un interés simulado, una sencilla estratagema, es decir, que todo se reduce a coqueterías y monadas...Bastaría con observar el objeto y la calidad de su atención en un concierto, una ópera o una obra de teatro; con ver, por ejemplo, la

despreocupación infantil con que prosiguen sus conversaciones durante los pasajes más bellos de las mayores obras maestras.

SUS ARMAS NATURALES

La naturaleza ha destinado a las jóvenes a lo que, en términos teatrales, se llama un “cambio de escena”: en efecto, por unos pocos años la naturaleza les otorga belleza exuberante, atractivos y formas voluptuosas, a expensas del resto de su vida, para que en el transcurso de esos pocos años puedan adueñarse de la fantasía de un hombre, de manera que éste se vea obligado a tomar honestamente a una de ellas para toda la vida, a como dé lugar; paso hacia el cual la mera reflexión racional no parecería haber dado ninguna garantía segura de estímulo al hombre. Por ello, la naturaleza proveyó a la hembra, como a cualquier otra criatura, de las armas y las herramientas que requiere para asegurar su existencia y por el tiempo que las necesite; pero, ahí, también la naturaleza actuó con su acostumbrada parsimonia. Tal como, por ejemplo, la hormiga hembra, tras el acoplamiento, pierde sus alas, ya superfluas y hasta peligrosas para su descendencia, de la misma forma, tras uno o dos embarazos, la mujer pierde su belleza y, probablemente, hasta la misma razón.

UNA OBRA MAESTRA DE LA NATURALEZA

Con las mujeres la naturaleza dio un golpe maestro: en un cierto momento de su juventud, reunió en ellas toda la belleza y todos los encantos necesarios para atraer con fuerza las miradas distraídas de los hombres, inducirlos a la tentación, acallar toda reflexión y llevarlos, después, a la ruina. Es la naturaleza la que produce a la joven...por la cual los individuos se echan a perder y los pueblos se exterminan. La naturaleza, además, las dota de coquetería, que realza la belleza y, de ser necesario, hasta la reemplaza.

ETERNAMENTE NIÑAS.

Las mujeres sólo sirven para curarnos y educarnos durante nuestra infancia, precisamente porque son pueriles, tontas y miopes; en pocas palabras,

se quedan toda la vida como niñas grandes: ellas ocupan un escalón intermedio entre el niño y el hombre, que viene siendo el verdadero ser humano.

II

LAS DIFERENCIAS CON EL HOMBRE

LA MUJER Y EL HOMBRE

Cuando la naturaleza dividió al género humano en dos partes, no lo hizo exactamente por la mitad. A pesar de su polaridad, la diferencia entre el polo positivo y el polo negativo no es sólo cualitativa sino también cuantitativa. Nuestros ancestros y también los pueblos orientales han considerado así a las mujeres, asignándoles el sitio adecuado mucho mejor que nosotros, que practicamos la galantería francesa de viejo corte y profesamos una tonta veneración al sexo femenino, flor suprema de la estupidez cristiano-germánica, que tan solo sirvió para volverlas arrogantes y descaradas tanto que, a veces, nos recuerdan a los simios sagrados de Benarés, que, conscientes de su propia santidad e inviolabilidad, se atreven a hacer de todo.

LA INJUSTICIA DE LA NATURALEZA

La naturaleza muestra una gran predilección por el sexo masculino. Él posee el privilegio de la fuerza y la belleza; en el campo de la satisfacción sexual le corresponde sólo el placer, mientras que a la mujer le tocan todas las cargas y las desventajas... Si el hombre quisiera sacar provecho de esa parcialidad de la naturaleza, la mujer sería el ser más infeliz porque el cuidado de los hijos recaería totalmente sobre ella, y ella, con su poca fuerza, quedaría totalmente privada de cualquier ayuda.

LA MADUREZ EN EL HOMBRE Y EN LA MUJER

Cuanto más noble y perfecta es una cosa, tanto más tarde y más lentamente llega su madurez. Difícilmente el varón alcanza la madurez de la razón y de sus fuerzas intelectuales antes de los veintiocho años; la mujer, por el contrario, ya la alcanza a los dieciocho; pero, justamente por ello, su razón es muy limitada. Por tal motivo se quedan niñas toda la vida, tan solo ven lo que les queda más cerca, viven apegadas al presente, confunden la apariencia de las cosas con la sustancia y prefieren las tonterías a los asuntos más importantes.

LA VANIDAD FEMENINA Y MASCULINA

La vanidad de las mujeres, así no fuese mayor que la de los hombres, posee un aspecto muy negativo: está enfocada totalmente hacia objetos materiales, es decir, hacia la belleza de su propia persona y, por ende, hacia el lujo, los adornos y la magnificencia... Todo ello, aunado a su escasa inteligencia, hace que sea más propensa al *despilfarro*; por ello un antiguo sabio dijo: la mujer es despilfarradora por naturaleza. La vanidad de los hombres, por el contrario, se enfoca a menudo hacia privilegios no materiales, como la inteligencia y la erudición, la valentía, y cosas de este estilo.

EL HONOR SEXUAL MASCULINO Y FEMENINO

El honor sexual se divide en honor femenino y honor masculino. Dado que en la vida de la mujer la relación sexual es lo más importante, el honor sexual prioritario y más significativo es el femenino. Para una doncella, éste consiste en la convicción general que tienen los demás de que ella no se ha entregado a ningún hombre; y para una mujer, el que sólo se haya entregado al hombre con que se casó. En cuanto al sexo masculino, el honor sexual consiste en pensar que un esposo tan pronto se entera del adulterio de su mujer, se separará de ella y, en general, la castigará cuanto sea posible.

EL AMOR MATERNO Y PATERNO POR LOS HIJOS

El amor materno primitivo es, como en los animales, puramente *instintivo*, por tanto, cesa cuando los hijos no necesitan más de los cuidados físicos... El

amor del padre por sus hijos es muy diferente y mucho más sólido: se basa en el reconocimiento del propio yo más íntimo en sus mismos hijos y es, por tanto, de origen metafísico.

SABIDURÍA Y CURIOSIDAD MASCULINA Y FEMENINA

El deseo de conocimiento, cuando se enfoca hacia lo universal, se denomina *anhelo de sabiduría*; cuando se enfoca hacia lo singular, se denomina *ansia de novedad*, curiosidad. Los niños demuestran, por lo general, deseo de aprender; las niñas, por el contrario, demuestran sólo curiosidad, a veces en grado asombroso y marcado, a menudo, por una exasperante ingenuidad. Es aquí cuando ya se anuncia la inclinación específica del sexo femenino hacia lo particular y su insensibilidad hacia lo universal.

BELLEZA MASCULINA Y FEMENINA

La belleza de los varones es a la de las niñas lo que la pintura al óleo es al pastel.

PERCEPCIÓN DEL TIEMPO EN EL HOMBRE Y LA MUJER

El ser humano, a diferencia de los animales, no vive tan sólo en el momento presente sino que también toma en cuenta y reflexiona sobre el pasado y el futuro; de ahí su previsión, su preocupación y su frecuente sentido de angustia. La mujer, por el contrario, dada su razón más débil, participa menos de las ventajas y desventajas de todo ello. Ella acusa una cierta miopía intelectual porque su intelecto intuitivo ve de manera distinta las cosas cercanas, presentándole un horizonte mucho más restringido, en el que no caben las cosas lejanas. Justamente por ello, todo lo ausente, lo pasado o lo futuro, actúa mucho menos sobre las mujeres que sobre los hombres. De allí deriva también la tendencia, mucho más frecuente en las mujeres, al despilfarro, que llega a veces a la insensatez. Pese a las muchas desventajas de esta situación, también ofrece un lado positivo: la mujer se cala mucho más que nosotros en el presente y, por ende, lo disfruta más, mientras éste sea tolerable. De ahí esa especial

serenidad de la mujer, que le permite brindarle al hombre cargado de preocupaciones horas placenteras de descanso.

III

SUS TAREAS NATURALES

COITO Y GRAVIDEZ

El coito es sobre todo asunto del hombre, la gravidez, por el contrario, sólo de la mujer.

HUMILDAD Y PACIENCIA

Ya la simple vista de la figura femenina nos permite ver que la mujer no está destinada a grandes trabajos, ni espirituales ni físicos. Ella paga la culpa de vivir, no actuando sino sufriendo con los dolores del parto, con los cuidados del niño y con la sumisión al hombre, del que tiene que ser una compañera paciente y tranquila.

MISIÓN DE LA MUJER

Las mujeres están destinadas exclusivamente a la propagación del género humano, y allí termina su tarea... A ellas les toca tomar a pecho los intereses de la especie más que los del individuo. Ello confiere a toda su existencia y a todo su actuar una cierta despreocupación y, por lo general, una orientación básicamente distinta a la del hombre: de ahí deriva la frecuente y casi normal desarmonía matrimonial.

EL DEBER DE SACRIFICARSE

A mujer le toca o sacrificar el esplendor de su juventud a un hombre ya maduro, o tener después la sensación de no ser más de un objeto apropiado para un hombre todavía en la plenitud de sus años.

SU OCUPACIÓN PRINCIPAL

En el fondo de su corazón, las jóvenes consideran los trabajos domésticos o profesionales como algo secundario, y hasta lo consideran, quizás, como un simple pasatiempo. Ellas creen que su única profesión seria es el amor, las conquistas y todo lo relacionado con ello, como arreglarse, ir a bailes, etc.

LA MUJER Y EL MANDO

Que la mujer, por naturaleza, está destinada a la obediencia, se reconoce por el hecho de que toda mujer que sea puesta en posición, para ella innatural, de total independencia, se une enseguida a un hombre, del que se deja guiar y dominar, porque necesita un dueño. Si es joven será un amante, si es vieja, un confesor.

IV

SUS CUALIDADES

EL REALISMO FEMENINO

Las mujeres son, sin duda, más prosaicas que los hombres y, por tanto, no ven en las cosas más allá de lo que realmente hay en ellas; mientras que el hombre, si sus pasiones se agitan, termina agradando las cosas reales o añadiéndoles rasgos imaginarios.

EL CONSEJO DE LAS MUJERES

En circunstancias difíciles, no es para nada equivocado pedir consejo también a las mujeres, como acostumbraban a hacer los antiguos germanos. Su manera de ver las cosas es, de hecho, totalmente distinta a la del hombre, en especial por la frecuente tendencia femenina a tomar de buen grado la vía más corta para alcanzar las metas y en general, todo lo que se encuentra más cerca.

Nosotros, los hombres, por tenerlo precisamente debajo de nuestras narices, normalmente no lo vemos y lo apartamos, haciendo necesario que nos redireccionen hacia ello, para adquirir de nuevo una opinión inmediata y sencilla.

V

SUS DEFECTOS

EL DEFECTO FUNDAMENTAL DE LA MUJER: CAUSAS Y CONSECUENCIAS

El defecto fundamental del carácter femenino se encuentra en la injusticia. Ello tiene su origen en la ya mencionada falta de raciocinio y reflexión, y se ve impulsado además por el hecho que las mujeres, cuanto más débiles, más obligadas por la naturaleza a recurrir no a la fuerza sino a la astucia; de ahí su picardía instintiva y su irreprimible tendencia a la mentira... De este defecto fundamental que hemos constatado, se desprenden la falsedad, la infidelidad, la traición, la ingratitud, y muchos más.

MENTIRAS Y SIMULACIONES

Como la jibia, la mujer se enrolla en el disimulo y nada a su gusto en la mentira.

Todo hombre ya mentía desde los tiempos de Salomón; pero entonces la mentira, vicio natural o capricho del momento, no era aún, como se volvió después bajo el bendito reinado de las mujeres, una necesidad y una ley.

Así como la naturaleza dotó al león con garras y dientes, al elefante y al jabalí con colmillos, al toro con astas y a la jibia con tinta que enturbia el agua, también dotó a la mujer con el arte de fingir para protegerse y defenderse, y toda la fuerza que le proveyó al hombre, bajo la forma de vigor físico y de razón, se la concedió tan bien a la mujer bajo la forma de las mencionadas cualidades. Por ende, la simulación es innata en la mujer y propia tanto de la estúpida como de la inteligente, en casi igual medida. Hacer uso de ella en toda oportunidad es

natural en la mujer, así como es natural para aquellos animales usar de inmediato sus armas frente a cualquier ataque.

Tal vez sea imposible encontrar una mujer en verdad sincera, que no finja. Más, por la misma razón, las mujeres descubren muy fácilmente la simulación ajena, y no es aconsejable tratar de usarla en nuestra relación con ellas.

EL PATRIMONIO

Todas las mujeres, con raras excepciones, son proclives al despilfarro. Por ello, todo patrimonio, exceptuando los casos en que lo hayan adquirido ellas mismas, debería de ser protegido de su estupidez.

EL DINERO

En lo profundo de su corazón, las mujeres creen que el hombre está destinado a ganar dinero y ellas a gastarlo, en lo posible mientras viva el esposo, si no, al menos, después de su muerte. El simple hecho de que el marido entregue a su esposa el dinero para los gastos domésticos le refuerza a la mujer esta opinión.

VI

CÓMO ESCOGER LA MUJER ADECUADA

LA IMPORTANCIA DEL FIN

La profunda seriedad con que los hombres examinamos y evaluamos todas las partes del cuerpo de una mujer, y con la que ella, a su vez, hace lo mismo; el escrúpulo crítico con que escudriñamos a una mujer que empieza a gustarnos; la obstinación que ponemos en nuestra selección; la preocupación con que el esposo observa a su mujer; las precauciones que toma, en cualquier parte, para no ser engañado; así como el gran valor que asigna a cualquier exceso o defecto de sus partes esenciales, todo ello es plenamente apropiado dada la importancia del fin. Porque el hijo a engendrar tendrá que llevar, durante

toda su vida, una parte parecida. Por ejemplo, si la mujer es torcida, así sea ligeramente, podría fácilmente traspasarle a su hijo una joroba; y así con el resto del cuerpo.

¿DE QUÉ EDAD?

La principal consideración que guía nuestra escogencia y nuestra decisión es la *edad*. Por lo general, los años más favorables son aquellos comprendidos entre la primera y última menstruación, aun cuando nosotros preferimos sin duda el periodo que va entre los dieciocho y los veintiocho años. Fuera de éste, ninguna mujer puede resultarnos atractiva: una repulsión. La juventud, aun cuando sin belleza, tiene siempre, sin embargo, su atractivo. Pero, la belleza sin juventud no posee ninguno.

¿DE QUÉ MEDIDAS?

Un seno femenino túrgido ejerce una atracción extraordinaria sobre el sexo masculino porque, estando en directa relación con las funciones reproductoras de la mujer, promete abundante alimentación para el recién nacido. Por otra parte, las mujeres *excesivamente* gordas nos producen repulsión, pues tal conformación física indica atrofia del útero, es decir, esterilidad. Y no es la mente, sino el instinto, el que lo sabe.

OJOS, BOCA, NARIZ Y FACCIÓNES

La *belleza de la cara* es tan sólo el último criterio de escogencia. Aquí hay que mirar, ante todo la estructura ósea; por tanto, se toma en cuenta, principalmente, una linda nariz; una nariz corta y respingada lo arruina todo. Una pequeña curva de la nariz, hacia abajo o hacia arriba, ha decidido, y con razón, la felicidad en la vida de innumerables muchachas; dado que allí radica el rasgo de la especie. Una boca pequeña, con mandíbulas pequeñas, es absolutamente esencial, como rasgo específico del rostro humano, en contraste con los hocicos de los animales. Un mentón retraído, y de alguna forma truncado, es particularmente repugnante, ya que el *mentum prominulum* es una característica exclusiva de nuestra especie. Finalmente, hay que considerar la belleza de los

ojos y de la frente: esta última está en estrecha relación con las cualidades psíquicas, es especial con las intelectuales, que se heredarán de la madre.

LA ALQUIMIA INDISPENSABLE

Para que haya lugar a una atracción verdaderamente apasionada, se requiere de algo que sólo puede ser expresado con una metáfora química: las dos personas tienen que neutralizarse entre sí, tal como el ácido y el álcali en una sal neutra.

EL JUSTO EQUILIBRIO

Los fisiólogos saben que la virilidad y la femineidad admiten innumerables grados, a través de los cuales la primera puede descender hasta la repelente ginandra e hipospadía, y la segunda elevarse hasta la encantadora andrógina... se requiere, por ende, que a un determinado grado de virilidad *del hombre* corresponda exactamente un determinado grado de femineidad *de la mujer*. Por tanto, el hombre más viril buscará la mujer más femenina y viceversa. De igual forma, todo individuo buscará su correspondencia respectiva a su grado de sexualidad.

LA BELLEZA NO ES TODO

El raro caso de que un hombre se enamore de una mujer decididamente fea se da cuando, existiendo entre ellos una completa armonía en el grado de la sexualidad que acabamos de mencionar, todas las anomalías de la mujer son diametralmente opuestas, y por lo tanto correctivas, a las del hombre. En este caso, el enamoramiento alcanza, por lo general, un grado muy elevado.

CUIDADO CON LO HEREDITARIO

Nadie nunca escribirá una *Ilíada* si tiene como madre una tonta y como padre un dormilón, así decida estudiar en seis universidades.

EN SUMA: NUNCA POR PASIÓN

Nunca hagan su elección solos, impulsados por una de esas pasiones locas que sin excepción ciegan. Siempre he visto acabar en desdicha los matrimonios que así se originan. Dejemos que otros, que nos aman bien, escojan por nosotros. Una mirada objetiva puede ver lo que es más justo, puesto que la razón es mucho mejor cómplice que el deseo loco.

VII

EL AMOR

SE BASA EN EL SEXO

Todo enamoramiento, así se presente como etéreo, radica exclusivamente en el instinto sexual. Es más, sólo es un instinto sexual más determinado, especializado y hasta individualizado, en el sentido más estricto del término.

SE TRATA DE UNA FUERZA METAFÍSICA...

Lo que en definitiva atrae a dos individuos de sexo opuesto, de manera vehemente y exclusiva, es la voluntad de vivir que se manifiesta en toda la especie.

... Y DE UN MISTERIOSO IMPULSO

Hombres y mujeres, hasta que la vejez los relega a una existencia casi vegetal, se entregan, sin cesar, a la búsqueda infatigable del compañero más conveniente. El transeúnte y la desconocida que intercambian una mirada al rozarse en la calle, o los que se observan de lejos en el teatro, el hijo del pueblo que eleva su mirada hacia las emperatrices, la gran dama que lanza su mirada a un pobre diablo y lo encuentra bien hecho..., todos ellos resultan guiados por el mismo instinto, todos obedecen al mismo impulso misterioso...

Una boca sonriente, que muestra unos dientes bonitos, os hace soñar todo un día porque la belleza de los dientes, que juega un papel tan importante y determinante en el desarrollo de las funciones digestivas, es eminentemente

hereditaria. Una pierna elegante y un pie lleno de gracia os precipitan hacia peligrosas emociones. Pero, no hay que creer que ello se debe a que unas piernas dignas de Diana sobre unos pies bien hechos sean, según Jesús Sirácides, como columnas de oro sobre bases de plata, se debe a que las menores dimensiones del tarso y metatarso diferencian al hombre y a la mujer de todos sus hermanos del reino animal. Si una boca fina y el óvalo sutil del rostro os extasían es porque la angostura de las mandíbulas es una de las peculiaridades del rostro humano. Si un mentón no pronunciado no os agrada es porque la protuberancia del mentón, *mentum prominulum*, es rasgo exclusivo de la raza humana.

UNA LOCURA

Esta marcada y recíproca pasión de los futuros padres, que todo reduce excepto a sí misma, es un devaneo sin igual, en que el enamorado estaría dispuesto a entregar todos los bienes del mundo para poder copular con una determinada mujer, que, en realidad, no le daría un placer mayor del que obtendría con cualquier otra mujer.

ES CIEGO

La voluntad de la especie es mucho más fuerte que la del individuo, de manera que le hará cerrar los ojos al enamorado sobre todos los rasgos que le sean repugnantes, le hará pasar por encima de todo, le hará desconocer todo y lo inducirá a amarrarse para siempre al objeto de su pasión. Así lo ciega esta ilusión, que, tan pronto satisfaga la voluntad de la especie, se desvanecerá, dejándole atado a la odiosa compañera de su vida. Sólo así se puede explicar que a menudo veamos hombres muy racionales y excelentes atados a esas víboras y demonios de sus mujeres, y no entendamos cómo pudieron haber hecho esa elección.

¿COMEDIA O TRAGEDIA?

El enamoramiento de los seres humanos tiene a menudo ribetes cómicos, otras veces trágicos. Unos y otros se dan porque los hombres, poseídos por el

espíritu de la especie, son dominados por éste hasta el punto de no pertenecer más así mismos.

ES POESÍA

La sensación de obrar en asuntos de importancia muy trascendente encumbra el enamoramiento por encima de todas las cosas terrenas, por encima de sí mismo, y confiere a sus deseos, muy físicos, un halo tan metafísico que el amor termina convertido en un episodio poético hasta en la vida del hombre más prosaico.

NO ES LA RELIGIÓN DE LA BELLEZA

Para ustedes el amor es una religión. Ustedes creen que amando practican el culto de la belleza y entran en los conciertos celestiales. No se exalten tanto con las palabras. Ustedes sencillamente están resolviendo, sin saberlo, un problema de armonías fisiológicas.

ES EL SUSPIRO DE LA ESPECIE

El urgente deseo de amor, el *ιμερος*, que los, poetas de todas las épocas han tratado incesante y afanosamente de expresar con innumerables variaciones, sin llegar nunca a agotar el argumento o a rendirle justicia; ese deseo, que conecta la posesión de una determinada mujer con la idea de una beatitud infinita, y la idea de no poder conseguirla con un dolor indescriptible, ese deseo y ese dolor del amor no pueden derivar de las necesidades de un individuo efímero sino que son el suspiro del espíritu de la especie, que se ve en el punto de adquirir o perder un medio insustituible para sus fines, y emite, por lo tanto, un gemido profundo.

ES UNA TRAMA OCULTA

Si nosotros miramos en la trama de la vida, vemos que los hombres, sumergidos en la miseria y el sufrimiento, se afanan con todas sus fuerzas por satisfacer sus infinitas necesidades y por evitar el dolor en sus múltiples formas, sin poder esperar a cambio otra cosa que el hecho de conservar, por un breve lapso, precisamente esa atormentada existencia individual. Sin embargo, en medio de aquella trama, podemos ver las miradas que se cruzan dos enamorados, derritiéndose en su deseo. Pero, ¿por qué son tan misteriosos, trepidantes y furtivos? Porque aquellos enamorados son unos traidores: traman a escondidas perpetuar todas aquellas miserias y todos aquellos tormentos que, de otra forma, pronto tendrían un final, un final que ellos quieren impedir, tal como, antes que ellos, lo impidieron sus semejantes.

¡CUIDADO CON EL AMOR!

El amor es el mal. Esa turbación que os invade, esta seriedad y este silencio son simplemente una meditación del genio de la especie.

El adolescente, presto a morir por la mujer que ama y cuya mirada altiva sólo posee destellos de generosidad; la virgen, que avanza envuelta en su gracia como si fuera la de una aurora, revestida de una belleza *que hace murmurar como chicharras a los viejos* y caer de rodillas a cualquiera que tenga un corazón humano, son dos máquinas en las manos de este genio imperioso.

Él sólo tiene un pensamiento, un pensamiento positivo y desprovisto de poesía: la perduración del género humano. Admiren, si quieren, sus procedimientos; pero, no olviden que esto sólo está pensado para llenar los vacíos, tapar las brechas, mantener el equilibrio entre provisiones y gastos, y mantener siempre abundantemente poblado el establo en el que el dolor y la muerte cobrarán, prontamente, sus víctimas.

EL AMOR EXCLUSIVO

Es una ilusión de la voluptuosidad que engaña al hombre, haciéndole creer que encontrará entre los brazos de la mujer, cuya belleza responde a sus ideales, un placer mucho mayor que en los brazos de cualquier otra, y hasta lo

convence firmemente de que, se dirige exclusivamente hacia una *única* mujer, su posesión le deparará una felicidad inmensa.

EL AMOR ESPIRITUAL

Fue una mujer, Diotima, la que enseñó a Sócrates la ciencia del amor espiritual; y fue Sócrates, el divino Sócrates, quien, para inmortalizar a su gusto el dolor de la tierra, transmitió al mundo, a través de sus discípulos, esta ciencia funesta.

EL AMOR VERDADERO

Dado que no existen dos individuos totalmente iguales, habrá sólo una determinada mujer que corresponda, de la manera más perfecta, aun determinado hombre. La verdadera pasión de amor es tan rara como el caso de que esos dos individuos lleguen a encontrarse.

EL AMOR EN TIEMPO DE CONTAGIO

La sífilis extiende sus efectos mucho más allá de lo que suele aparecer a primera vista, puesto que su influjo no es simplemente físico, sino también moral. Dado que la aljaba del Amor también contiene dardos envenenados, en la recíproca relación de los sexos ha intervenido siempre un elemento extraño, hostil, casi diabólico, y en toda relación se ha entrometido siempre una oscura y terrible desconfianza.

AMOR Y FE

El amor es como la fe: no se puede obtener a la fuerza.

CÚPIDO, DIOS DEL AMOR

Los antiguos personificaron el genio de la especie en Cupido, un dios hostil, cruel y de mala fama, pese a su aspecto infantil, un demonio caprichoso y déspota, pero, no obstante, amo de dioses y hombres:

(*Tu, deorum hominunque tyranne, Amor!*)

[¡Tú, Amor, tirano de dioses y de hombres!]

Dados mortíferos, ceguera y alas son sus atributos. Estas últimas aluden a la inconstancia, que por lo regular entra en juego con la desilusión, consecuencia de la satisfacción.

SPINOZA

Por su exuberante ingenuidad, la definición que del amor hace Spinoza amerita ser citada, con el fin de apaciguar: *Amor est titillatio, concomitante idea causae externae* (El amor es una caricia íntima, que acompaña la representación de la causa externa). (*Ethica*, IV, prop. 44. dem.).

EL AMOR FRENTE AL ESPEJO

Un hombre que ama sin esperanza a su cruel beldad, puede compararla, epigramáticamente con un espejo cóncavo que, como la mujer amada, brilla, enciende y consume, al tiempo que permanece siempre frío.

LOS AMANTES DE LOS PENSAMIENTOS

La presencia de un pensamiento es como la presencia de una amante: pensamos que nunca vamos a olvidar el pensamiento y que la amante nunca nos será indiferente. Sin embargo, lejos de la vista, lejos del corazón, hasta los pensamientos más bellos, si no los hemos fijado sobre papel, se vuelven irrecuperables; y en cuanto a la amante, si no la hemos desposado, algún día trataremos de huirle.

EL SUICIDIO POR AMOR

En los niveles más altos del enamoramiento, esta quimera se vuelve tan grandiosa que, de no ser alcanzada, la vida misma pierde todo atractivo y se presenta tan vacía de felicidad, tan insulsa e inaceptable que la náusea que produce supera el terror de la muerte, haciendo que, a veces, sea segada voluntariamente. Aquí, la voluntad del hombre ha caído en el vórtice de la voluntad de la especie, o aventajando tanto la voluntad individual que, al no poder ésta obrar en cuanto especie, se rehúsa a hacerlo también como individuo. El individuo es en este caso un vaso demasiado frágil para soportar el infinito anhelo de la voluntad de la especie, por un objeto determinado. En este caso, por tanto, la salida es el suicidio, a veces el doble suicidio de los amantes; a menos que la naturaleza, para salvar la vida, no le dé paso a la locura que cubre con su velo la conciencia de este estado sin esperanza.

VIII

EL SEXO

METAFÍSICA DEL SEXO

Mi metafísica del amor sexual es una perla.

LA ATRACCIÓN SEXUAL EN EL HOMBRE Y LA MUJER

El hombre tiende, por naturaleza, a la inconstancia en el amor; la mujer a la constancia. El amor del hombre merma considerablemente tan pronto se ve satisfecho: casi todas las mujeres lo excitan más que aquella que ya posee, por eso desea variar. El amor de la mujer, por el contrario, aumenta precisamente a partir de aquel momento. Ello se debe al propósito de la naturaleza, que tiende a conservar la especie y, por ende, a multiplicarla al máximo posible. De hecho, el hombre podría holgadamente engendrar más de cien hijos por año, en caso de tener a su disposición otras tantas mujeres; la mujer, por el contrario, por más hombres que llegue a tener, sólo podría traer al mundo a un hijo por año (exceptuando los nacimientos gemelares). Por ello, el *hombre* está continuamente en busca de otras mujeres, mientras la *mujer* se apega a uno

solo: en efecto, la naturaleza la empuja a conservar para sí, instintivamente y sin que medie reflexión alguna, a aquel que alimentará y protegerá a su futura prole.

LA SATISFACCIÓN SEXUAL EN EL HOMBRE Y EN LA MUJER

Desde su nacimiento hasta la muerte, al hombre le resulta imposible satisfacer su apetito sexual de manera legítima. A menos que no enviude pronto. Para la mujer, limitarse a tener un *único* hombre, en la flor de sus años y durante su corto período de fertilidad, es una condición innatural. Ella debe guardar para uno solo lo que para él es demasiado y lo que, a su vez, muchos otros desean; y en tal renuncia, ella se ve obligada a privarse de sí misma. ¡Valoremos bien esto! Tanto más, cuando en todo momento el número de hombres en condición de aparearse dobla el de las mujeres aptas para ello, razón por la cual toda mujer es objeto constante de propuestas, tanto que las espera cuando un hombre se le acerca.

LA ESCLAVITUD DEL SEXO EN EL HOMBRE Y EN LA MUJER

El dominio natural de la mujer sobre el sexo masculino mediante la atracción de la satisfacción sexual dura cerca de 16 años. A los 40 años la mujer es incapaz de satisfacer al hombre... El impulso sexual del hombre dura más del doble.

EL SEXO COMO INSTINTO

En verdad se cree que el hombre no posee casi ningún instinto, a excepción quizás de aquel del recién nacido que busca y se aferra al seno materno. Pero, en realidad, sí poseemos un instinto determinado, claro y más bien complicado: aquel de la escogencia rigurosa, seria y obstinada de la persona con la cual satisfacemos nuestra necesidad sexual.

Es evidente que el cuidado con que un insecto sale en busca de una determinada flor o fruto o estiércol o carne, o como hacen los icneumones, que buscan una larva de otro insecto para depositar *tan sólo allí* sus huevos, sin desdeñar por ello el cansancio o el peligro, es muy parecido a como un hombre, para satisfacer sus necesidades sexuales, escoge meticulosamente a una

determinada mujer, adecuada para él, y corre tras ella con tal afán que, para lograrla y desafiando toda regla de la razón, sacrifica a menudo su propia felicidad en aras de un matrimonio estólido, con intrigas amorosas que le cuestan su patrimonio, su honor y su vida, y hasta en delitos como el adulterio y el estupro. Todo ello sólo para servir, de conformidad con la soberana voluntad de la naturaleza, a la especie del modo más oportuno, así sea a expensas del individuo.

MEJOR QUE LOS LEONES

Yo esperaba que el apareamiento de los leones, cual suprema afirmación de la voluntad en su manifestación más poderosa, fuese acompañado de síntomas muy vehementes; por ello me sorprendió que fueran muy inferiores a los que, por lo general, acompañan al coito humano. Por lo tanto, también en este caso, lo que decide la mayor importancia de la manifestación no es el nivel de potencia de la voluntad, sino el grado de conocimiento: de la misma forma que el sonido no es reforzado tanto por el grosor de la cuerda como por la amplitud de la caja de resonancia.

EL DESEO SEXUAL...

El deseo sexual, sobre todo cuando se concentra en el enamoramiento y se focaliza en una determinada mujer, es la quintaesencia del engaño de este noble mundo: promete indecible, infinita y extraordinariamente tanto, para luego cumplir miserablemente poco.

... EL INSTINTO SEXUAL...

Los caprichos que derivan del *instinto sexual* son muy parecidos a los *fuegos fatuos*: nos engañan del modo más vivo, pero si vamos tras de ellos nos conducen a un pantano y luego... se desvanecen.

... Y SU APAGAMIENTO

El apagamiento del impulso sexual es, en sí, absolutamente reprobable ya que es la afirmación más fuerte de la vida.

ODIO Y AMOR SEXUAL

El amor sexual es compatible hasta con un odio extremo por su objeto: he aquí por qué el mismo Platón lo paragonó con el amor de los lobos por las ovejas.

LA BARBA Y EL SEXO

La barba, al ser casi una máscara, debería ser prohibida por la policía. Además como distintivo del sexo en medio de la cara, es *obscena* y por eso les gusta a las mujeres.

LA OTRA CARA DE LA MEDALLA

Las ilusiones que nos deparan los deseos eróticos podrían ser comparadas con ciertas estatuas que, debido a su posición, están hechas para ser vistas tan sólo de frente, y entonces nos parecen bellas. Por detrás, por el contrario nos ofrecen una vista fea. Análogamente, lo que el enamoramiento nos hace entrever pareciera ser un paraíso de voluptuosidad, mientras lo tengamos de frente a nosotros y lo veamos como algo por venir; pero, cuando ya pasó, cuando lo vemos por detrás, aparece como algo tan fútil, insignificante y a veces hasta repugnante.

OSTRAS Y CHAMPAÑA

El filisteo, hombre que carece de toda necesidad espiritual..., se hará cargo, como si fuesen una especie de trabajos forzados, y de la forma más rápida posible, de los gozos que le son impuestos por la moda o por la autoridad. Para él los verdaderos placeres son tan sólo placeres sexuales, y se desquita

con ellos. Por consiguiente, las ostras y la champaña son lo máximo en su existencia.

SEXO Y PROCREACIÓN: CADA COSA A SU TIEMPO.

Para empezar, recurriré a un pasaje de Aristóteles, en su *Política*, VII, 16. En él nos explica, en primer lugar, que las personas demasiado jóvenes engendrarán hijos pésimos, débiles, llenos de defectos y destinados a tener una baja estatura; luego nos explica que lo mismo aplica a la progenie de personas demasiado viejas... Aristóteles aconseja, por tanto, que al cumplir cincuenta y cuatro años el hombre no tiene que engendrar más hijos; pero puede seguir apareándose por salud u otro motivo. En qué forma se haría esto, no nos lo dice...

Ahora bien, la naturaleza, por su parte, no puede desconocer el hecho que está en la base del precepto de Aristóteles, pero tampoco lo puede eliminar, ya que, conforme al principio *natura non facit saltus* (la naturaleza no puede saltar), la secreción del semen masculino no puede parar de repente. Por tanto, aquí como en cualquier otra extinción, tiene que haber primero un deterioro gradual. Engendrar en dicho período podría dar al mundo seres débiles, torpes, enfermizos, miserables y de vida breve. Y ello ocurre muy a menudo: en su mayoría los hijos engendrados en edad tardía mueren muy pronto o, por lo menos, no llegan a la vejez, y son más o menos débiles y enfermizos; y los que ellos engendren tendrán la misma constitución física. Lo que aquí se ha dicho sobre engendrar en la edad decadente vale también para engendrar en la edad inmadura.

LA BELLEZA DE LA VIRGINIDAD

La virginidad es bella no porque sea un ayuno, sino porque es sabiduría; es decir, porque anula las insidias de la naturaleza.

SEXO Y CONTAGIO

Las enfermedades venéreas son un baluarte muy útil para que el impulso sexual no adquiera demasiado poder sobre el hombre.

Las ciencias naturales hicieron un descubrimiento magnífico, que representa una verdadera bendición para el género humano. Encontró un medio para poder satisfacer las necesidades naturales sin correr el peligro, siempre presente hasta ahora, de infectarse en los burdeles. Consiste en disolver una dosis de cloruro de calcio en un vaso de agua y, luego del coito, sumergir allí el pene. De esta forma, los venenos eventualmente absorbidos son eliminados totalmente.

IX

EL MATRIMONIO

¿QUÉ ES?

El matrimonio es una trampa que la naturaleza nos tiende.

¿POR QUÉ SE LLEVA A CABO?

El sexo femenino pretende y espera todo del sexo masculino –es decir, todo lo que desea y necesita. El sexo masculino, por el contrario, le exige al femenino en primer lugar y de manera explícita, una sola cosa. A ello se debe la convención según la cual el sexo masculino tan solo puede obtener del femenino aquella única cosa si, a cambio, se encarga de todo lo demás, incluyendo, por lo tanto, de los hijos nacidos de tal unión. Tal es la convención sobre la cual se basa el bienestar de todo el sexo femenino.

¿QUÉ HACER?

¿Es mejor casarse o no casarse? El asunto, en muchísimos casos, puede ser condensado en la siguiente pregunta: ¿son preferibles las preocupaciones del amor o aquellas de proveer el sustento?

Matrimonio = guerra y necesidad

Vida de soltero = paz y prosperidad

Hacedme caso: ¡no os caséis! Dejad que la ciencia sea vuestra amante y consorte: estaréis mil veces mejor. Nuestro matrimonio occidental es lo más absurdo que se pueda pensar: ¡cuantos cargos y obligaciones desproporcionadamente grandes le impone al hombre, a cambio de gozos efímeros!

NO SE DESPOSA LA INTELIGENCIA

El fin del matrimonio no es el entretenimiento intelectual, sino la generación de hijos: es la unión de dos corazones, no de dos cerebros. Sostener que se ha enamorado de la inteligencia de un hombre es una pretensión vana y ridícula en una mujer.

PESE A LAS DIVERSIDADES

Nos causa desconcierto el ver cómo se atan, de forma apasionada, un hombre y una mujer cuyas cabezas son lo más disímil del mundo; por ejemplo, él es ordinario, vigoroso y limitado, mientras ella es sensible, fina y con sentido estético, etc.; o él es genial y culto, y ella una tonta. Sin embargo, se sienten poderosamente atraídos y parecen estar hechos el uno para el otro. La razón es que aquí obra la Voluntad en sí, cuyo punto focal se encuentra en el otro polo: los genitales.

MATRIMONIO Y NÁUSEA

Casarse significa hacer lo posible para llegar a sentir náuseas el uno por el otro.

MATRIMONIO Y ESTUPRO

Tan solo los modernos protestantes optimistas sostienen que el matrimonio es algo sublime, sagrado y divino. Tertuliano, por el contrario, dice que el matrimonio no se diferencia, en la sustancia, del *stuprum*.

MATRIMONIO Y PARIDAD DE DERECHOS

Las leyes matrimoniales europeas asumen que la mujer es igual al hombre; por tanto, parten de un supuesto errado.

HOMBRE CASADO, HOMBRE DEMEDIADO

En nuestro continente monogámico, casarse significa demediar los derechos propios y redoblar los deberes.

¿POR AMOR O POR INTERÉS?

El hombre que al casarse piensa en el dinero en vez de la satisfacción de su propia inclinación vive más en el individuo que en la especie, lo que es exactamente opuesto a la verdad y contra la naturaleza, suscitando un cierto desprecio. La joven que, desoyendo el consejo de los padres, rechaza la propuesta de un hombre rico y no viejo, para guiarse en su elección sólo por la tendencia instintiva, ignorando toda consideración de conveniencia, sacrifica su bienestar individual en pro de la especie. Esto merece un cierto aplauso, pues ha preferido lo que es más importante y ha actuado en el sentido de la naturaleza (y más precisamente de la especie).

MATRIMONIOS POR AMOR

Casarse sólo “por amor” y no tener que arrepentirse muy pronto, o casarse en general, es como meter la mano en un saco con los ojos vendados y pretender sacar una anguila entre un montón de culebras.

Los matrimonios por amor se llevan a cabo en el interés de la especie, no del individuo. Es verdad que los novios tienen la ilusión de lograr su propia felicidad, pero el verdadero fin les es extraño, ya que consiste en el engendro de un individuo que tan sólo ellos pueden concebir. Unidos en este propósito, deberán buscar de ahí en adelante la mejor manera de entenderse. Muy a menudo, sin embargo, esta pareja, formada bajo el impulso de aquella ilusión instintiva, que es al cabo la esencia de la pasión amorosa, resultará totalmente heterogénea para el resto de la naturaleza. Ello salta a la vista cuando la ilusión

desaparece, como es inevitable que suceda. En consecuencia, los matrimonios por amor, por regla general, son infelices. En efecto, actúan para la generación futura a expensas de la presente.

MATRIMONIO Y FELICIDAD

Como es sabido, los matrimonios felices son bastantes raros, precisamente porque está en la naturaleza del matrimonio que su fin principal no sea la generación presente, sino la futura. Sin embargo, añadiré, como consuelo para los corazones tiernos y enamorados, que a veces el amor sexual y pasional va acompañado de un sentimiento de origen muy distinto: el de la verdadera amistad, que se basa en la concordancia de sentimientos, pero que, además, sólo aparece cuando el verdadero amor sexual se consume en la saciedad.

UN ERROR DE JUVENTUD

La mayoría de los hombres se deja seducir por un lindo rostro. De hecho, la naturaleza los induce a casarse haciendo que las mujeres les muestren, de una, todo su esplendor, es decir, que actúen de una forma “impactante”, ocultando a su vez, los muchos problemas que les causarán luego: gastos sin fin, preocupación por los hijos, mal carácter, testarudez, envejecimiento y agrura a la vuelta de unos pocos años, engaños, cuernos, caprichos, histeria, amantes, demonios e infierno. Por todo esto defino el matrimonio como una deuda que se adquiere en la juventud y se paga en la vejez.

Parece que, con la partida del matrimonio, pierde el individuo o pierde el interés de la especie. Así es la mayoría de las veces. Es muy raro ver que la conveniencia y el amor apasionado vayan de la mano.

“FEMINA SINE PECUNIA IAMGO MORTIS”

(MUJER SIN RIQUEZA, IMAGEN DE LA MUERTE)

Las mujeres que antes de casarse eran pobres, se muestran a menudo mucho más pretenciosas y pródigas que las que aportan una buena dote al marido...

Sin embargo, quisiera aconsejar, al que se case con una muchacha pobre, que no le deje luego como herencia todo su capital sino una pequeña renta, y que tenga especial cuidado de que el patrimonio de los hijos no acabe en sus manos.

Si de todas formas no podéis dejar de casaros, casaos con una mujer *rica*, cuando no lo seáis vosotros. Las mujeres ricas, por lo menos, saben administrar la casa mejor que las otras, que no conocen el valor del dinero porque nunca lo tuvieron.

ESPOSA E HIJOS

Entre *lo que uno posee* no incluí a la esposa y a los hijos, porque es más pertinente decir que uno es poseído por ellos.

MATRIMONIO Y SEGURO, EXPERIENCIAS PERSONALES

Conozco muy bien a las mujeres. Para ellas el matrimonio sólo es como una institución de asistencia. Cuando mi padre, pobre y enfermo, se vio reducido a una silla, se habría quedado abandonado si un viejo sirviente no se hubiese encargado cariñosamente de él. Pero, mientras él sufría amargamente, ella se divertía. ¡He aquí el amor de las mujeres!

NO PAGUES EL BOLETO POR NADA

Cuanto más sabio y sensato es uno, tanto peor se siente de haberse atado a la mitad insensata de la humanidad, con razón, puesto que dicha atadura representa, por su parte, una locura mucho mayor. Es más, si uno ha llegado a los cuarenta años sin haberse echado sobre los hombros la carga de una mujer y de unos hijos, tiene que haber aprendido muy poco para desear hacerlo después. Es como el que habiendo hecho a pie ya las tres cuartas partes del recorrido de un bus, quisiera adquirir un boleto para el trayecto completo.

ÚNICO ARGUMENTO POSIBLE A FAVOR DEL MATRIMONIO

Finalmente, a favor del matrimonio sólo queda la reflexión de que seremos atendidos en la vejez y en la enfermedad y que podremos tener nuestro propio hogar. Pero, éstas también me parecen ventajas ilusorias. ¿Acaso mi madre cuidó de mi padre cuando él enfermó?

LAS VIUDAS

Que las viudas sean quemadas con el cadáver de su esposo, es sin lugar a dudas una costumbre repugnante. Pero, que los bienes acumulados por el esposo a lo largo de una vida de trabajo, animado por la idea de estarlo haciendo por sus hijos, sean luego dilapidados por la viuda y su amante, es igualmente repugnante.

EL ADULTERIO, MASCULINO Y FEMENINO

La fidelidad conyugal es artificial en el hombre y natural en la mujer. Por ello, el adulterio femenino es mucho más imperdonable que el del hombre, tanto objetivamente en razón de las consecuencias, como subjetivamente por ser innatural.

El adulterio es aún peor que el peor robo.

El honor del esposo exige que éste castigue el adulterio de su esposa y se vengue con la separación u otra decisión. Si, por el contrario, lo sabe y tolera, entonces se verá avergonzado por parte del *corps* (gremio) masculino. Ello, sin embargo, no adquiere ribetes tan drásticos como en el caso del sexo femenino, dado que en el hombre la relación sexual reviste un papel subordinado, y él resulta involucrado en muchas otras relaciones de la más diversa índole.

El honor femenino determina que no haya ningún concúbiteo extraconyugal, pues sólo así el enemigo (los hombres) se verá obligado a la capitulación (el matrimonio). Por ello, todo concúbiteo extraconyugal, en cuanto traición a favor del enemigo, será castigado por el *corps* (gremio) femenino mediante el desprecio de las culpables y la expulsión del *corps*. El *honor masculino* exige que no se cometa ningún adulterio, ya que sólo así el enemigo (las mujeres) se verá obligado por lo menos a respetar la capitulación obtenida (el matrimonio). Por

ello, el que tolere a sabiendas el adulterio de su esposa se verá castigado con el desprecio, en cuanto traidor del *corps* masculino.

X

¿MONOGAMIA O POLIGAMIA?

LA MONOGAMIA ES CONTRANATURA...

Ningún continente es sexualmente tan corrupto como Europa, a causa del matrimonio monogámico contra natura.

... Y CONTRA LA RAZÓN

Desde un punto de vista racional, no se entiende por qué un hombre, cuya esposa padece una enfermedad crónica, se queda estéril, o, con el correr de los años, se vuelve muy vieja para él, no pueda tomar una segunda esposa adjunta.

CREA DESEQUILIBRIO

En la monogamia, el hombre recibe demasiado en lo inmediato y muy poco en el largo plazo. Para la mujer es lo contrario.

PROPORCIONES ENGAÑOSAS

Al producir mujeres en cantidad casi proporcional a la de los hombres, pero concederles la capacidad de engendrar y procurar placer al hombre tan sólo durante la mitad de su tiempo, la naturaleza ha trastornado desde un principio, la relación entre los sexos. La igualdad en la cantidad parece sugerir la monogamia. Sin embargo, un hombre tan solo obtiene satisfacción de una sola mujer la mitad del tiempo de su capacidad de procrear, por tanto debería tomar una segunda mujer cuando la primera se marchite. No obstante, para cada hombre sólo se contempla exclusivamente una mujer. Lo que la mujer pierde en duración lo recupera en cantidad: ella es capaz d satisfacer simultáneamente a

dos o tres varones vigorosos, sin deterioro. En la monogamia, ella emplea sólo la mitad de sus capacidades y satisface sólo la mitad de sus deseos.

POLIGAMIA ¡OBVIAMENTE!

No haya razón para *discutir* sobre la *poligamia*. Más bien, hay que aceptarla como un hecho existente dondequiera, quedando sólo la tarea de *reglamentarla*. De hecho, ¿dónde están los verdaderos monógamos? Todos nosotros vivimos *al menos* por un cierto tiempo, aunque normalmente siempre, en la poligamia. Por tanto, dado que todo varón necesita de varias hembras, nada es más justo que permitirle, o más bien imponerle, tener muchas mujeres. Con ello, también la mujer es reconducida a su condición correcta y natural de ser subordinado, y la *dama*, este monstruo de la civilización cristiano-germánica, con sus ridículas pretensiones de respeto y veneración, se verá borrada de la faz de la tierra, y tendríamos tan solo *mujeres*, mas no más mujeres *desgraciadas*, de las cuales Europa está hoy día repleta.

ES BENÉFICA PARA LAS MUJERES...

Para el sexo femenino, considerado en su *conjunto*, la poligamia es un verdadero beneficio.

... Y LOS MORMONES

Lo que le procura tantas conversiones a la secta de los mormones es la eliminación de la monogamia, que resulta contraria a la naturaleza.

SIN POLIGAMIA...

Al no existir la institución de la poligamia los hombres resultan ser mujeriegos durante una mitad de su vida, y cornudos durante la otra. En consecuencia, las mujeres se dividen en traicionadas o traidoras. Al que se case muy joven, le tocará más tarde arrastrar tras de sí a una vieja. Al que se case muy tarde, le tocarán primero enfermedades venéreas y luego cuernos.

POLIGAMIA Y SUEGRAS

La *poligamia* ofrecería, entre otras, la ventaja de que el hombre no tendría una relación muy estrecha con sus suegros, el terror a los cuales impide hoy innumerables matrimonios. Empero, ¿se tendrían diez suegras en vez de una!

XI

LOS DERECHOS DE LA MUJER

DERECHOS E INTELIGENCIA

Cuando las leyes les concedieron a las mujeres los mismos derechos que a los hombres, habrían tenido que concederles también una inteligencia masculina.

LAS MUJERES Y LOS CURAS

A las mujeres, como a los curas, no hay que hacerles concesión alguna.

EL DERECHO HEREDITARIO

Que la propiedad obtenida con dificultad, a costa de grandes esfuerzos y trabajo pesado y permanente, caiga luego en manos de mujeres que, por su insensatez, la dilapidan en breve tiempo, es un absurdo grande y frecuente, que debería de ser impedido, limitando el derecho de las mujeres a la herencia.

Opino que la mejor solución sería que las mujeres, tanto viudas como hijas, tengan el derecho de heredar tan sólo una renta vitalicia, asegurada mediante hipotecas, y no bienes inmuebles o capital, exceptuando aquellos casos en que no hubiera descendencia masculina.

EL DERECHO SOBRE EL PATRIMONIO

Los que acumulan patrimonio son los hombres, no las mujeres; por lo tanto, ellas no tienen derecho alguno a su posesión incondicional, ni pueden ser autorizadas para administrarlo.

MUJERES Y TUTORES

Las mujeres siempre necesitarán un tutor; por tanto, en ningún caso, deberían obtener la custodia de los hijos.

XII

EL ARTE MÁS ANTIGUO

LAS CAUSAS

Las causas de la prostitución son la necesidad frecuente de que el hombre se case tarde, y la falta de inteligencia de las mujeres.

VÍCTIMAS DE LA MONOGAMIA

Al contrario de lo que sucede en los pueblos poligámicos, donde toda mujer encuentra quien la mantenga, en los pueblos monogámicos el número de mujeres casadas es limitado, quedando un remanente infinito de mujeres privadas de sustento. En las clases altas, éstas vegetan como solteras inútiles; mientras en las clases bajas se ven obligadas a asumir trabajos duros, inadecuados para ellas, o se prostituyen, cayendo en una vida triste y deshonrosa.

Tan sólo en Londres hay unas ochenta mil prostitutas. ¿Son ellas, acaso, otra cosa que mujeres tremendamente perjudicadas por la institución monogámica, verdaderas víctimas humanas sacrificadas en el altar de la monogamia?

DOLOROSO PERO NECESARIO

Las prostitutas llevan una vida triste y afrentosa; pero, dadas las circunstancias, son necesarias para satisfacer los requerimientos del sexo masculino y, en tal calidad, representan a una clase reconocida oficialmente, con el propósito específico de proteger de los seductores a las mujeres privilegiadas por el destino, que ya encontraron marido o que tienen derecho a poder encontrarlo.

XIII

MUJERES Y CULTURA

LAS MUJERES Y EL ARTE

Con sobrada razón podríamos llamar al sexo femenino, no tanto el bello sexo sino más bien el sexo *no estético*. En realidad, las mujeres carecen de verdadera comprensión y sensibilidad hacia la poesía y las artes figurativas; y cuando aparentan tenerlas, es en realidad sólo una monería al servicio de su coquetería.

A TEATRO

Razón tenían los griegos al no permitir, según se dice, la asistencia de mujeres a los espectáculos teatrales, pues de esa forma se podía escuchar bien. En nuestro tiempo podría añadirse o sustituirse el adagio *taceat mulier in ecclesia* (que calle la mujer en la iglesia) por *taceat mulier in teatro* (que calle la mujer en el teatro) y escribirlo en letras grandes sobre el telón.

MUJERES, FILOSOFÍA Y POESÍA

La meta acostumbrada de la llamada carrera de los jóvenes de sexo masculino es tan sólo aquella de convertirse en bestias de carga de una mujer. Para los mejores de ellos, por lo general, la esposa viene siendo tan sólo un pecado de la juventud. El tiempo libre que ellos ganan para sus mujeres,

trabajando duro todo el día, es un bien que el filósofo requiere para sí. El hombre casado lleva sobre sus hombros todo el peso de la vida; el soltero tan sólo la mitad: el que se dedica a las musas debe hacer parte de este último grupo. Es fácil ver que casi todos los filósofos verdaderos permanecieron solteros, Descartes, Leibniz, Malebranche, Spinoza y Kant, entre otros. Los filósofos antiguos no hacen parte de este grupo porque, en aquel tiempo, las mujeres mantenían una posición subordinada; de sobra son conocidas las penurias de Sócrates, y Aristóteles fue un maestro de la corte. Los grandes poetas, por el contrario, fueron todos casados e infelices. Shakespeare, en especial, con doble par de cuernos. En la mayoría de los casos, los maridos son unos Papagenos al revés: así como a Papageno le sucedió que una vieja se le transformó, con milagrosa rapidez, en una joven, a los hombres casados les pasa, con igual rapidez, que una joven se les transforme en vieja.

Entre filósofos y poetas, los que están casados, por el sólo hecho de estarlo, despiertan la sospecha de buscar su propio interés, no el bien de la ciencia y el arte.

EL GENIO Y LA BELLEZA

El genio dura en los hombres tanto como la belleza en las mujeres, es decir, 15 años, de veinte a los treinta y cinco, cuando mucho. Las mujeres, en realidad, no pueden tener genio; cuando mucho llegan a tener talento.

LAS MUJERES Y SUS OBRAS

Las cabezas más dotadas entre todo el sexo femenino nunca lograron crear una única obra realmente grande, genuina y original en las bellas artes y, en general, nunca fueron capaces de producir una obra perdurable... Las pocas y parciales excepciones no cambian los hechos.

EL ROMANTICISMO

El romanticismo es un producto del *cristianismo*: religiosidad exaltada, veneración fantástica a la mujer y sentido caballeresco. Dios, la dama y la espada, tales son las señas del romanticismo.

LA INTELIGENCIA: SI NO LA HAY, NO LA HAY

Vosotros sois una masa de seductores, víctimas inocentes que creen que, cultivando el espíritu de las mujeres, podéis elevarlas a vuestro nivel; nunca os habéis dado cuenta de que ellas, desde que son reinas de vuestra sociedad, poseen a menudo espíritu, a veces genio, pero inteligencia ¡nunca! O si queréis, la poca que poseen es a la inteligencia del hombre como el girasol, flor de los jardines, al sol, el rey de la luz.

NI PUEDE SER INCULCADA

A veces sucede que las madres... hacen estudiar a las hijas bellas artes, idiomas, etcétera... para que, de esa forma, sean más atractivas a los hombres. Haciendo esto, quieren ayudar al intelecto con medios artificiales, tal como hacen, cuando llega el caso, con las caderas y los senos.

XIV

MUJERES Y SOCIEDAD

SOLIDARIDAD FEMENINA

Entre los hombres existe, por naturaleza, sólo indiferencia. Entre las mujeres, también por naturaleza, existe enemistad... Con sólo encontrarse en la calle, se miran unas a otras como güelfos y gibelinos.

LA POSICIÓN SOCIAL DE LA MUJER

La falsa posición del sexo femenino, cuyo síntoma más evidente es nuestra manera de tratar a las “damas”, es un mal fundamental del estado social que, desde su corazón, extiende su influencia mortífera a todas sus partes.

LA DIFERENCIA DE CLASE

Mientras que el hombre, por regla general, se dirige con cierto respeto y humanidad incluso a aquellos de clase muy inferior, la pose, por demás altanera y displicente, que una mujer rica asume frente a una mujer de condiciones inferiores (a menos que esté a su servicio) cuando le dirige la palabra, es un espectáculo insoportable de observar. Esto sucede porque para la mujer toda diferencia de rango es mucho más precaria que para los hombres, y puede ser modificada y cancelada mucho más rápidamente. En efecto, mientras nosotros sopesamos un sinnúmero de cosas, para la mujer una sola cosa es determinante, a cuál de los hombres le gustó.

LAS MUJERES Y EL JURAMENTO

Las mujeres, por la debilidad de su razón son menos aptas que los hombres para comprender los principios generales, guardarlos en su mente y asumirlos, luego, como normas, son casi siempre inferiores a los hombres en la virtud de la justicia y, por ende, también en la honestidad y en la escrupulosidad. Por ello, la injusticia y la falsedad son sus culpas más comunes, y la mentira su elemento peculiar... El simple pensamiento de ver a las mujeres ejerciendo el oficio de un juez... produce risa.

En cuanto a la justicia, la honestidad y la escrupulosidad, las mujeres son inferiores a los hombres. En efecto, a causa de su débil raciocinio, todo lo que sea presente, concreto y directamente real ejerce sobre ellas un poder en contra del cual los pensamientos abstractos, las máximas estables, las decisiones firmes y, en general, todo lo que atañe al pasado y al futuro, todo lo que está ausente y lejano, muy raramente logra hacerse valer.

LAS MUJERES SON LA RUINA DE LA SOCIEDAD MODERNA

Ellas son las que mayormente contribuyeron a inocular en el mundo moderno la lepra que lo corroe.

En conjunto, las mujeres son y permanecen como los más radicales e incurables filisteos. Por ello, dada la absurda legislación que les permite compartir la clase y el título de sus esposos, ellas son las constantes

instigadoras de las ambiciones *no nobles* del hombre y, por tanto, debido a la misma cualidad, su predominio y su influencia determinantes son la ruina de la sociedad moderna.

LAS MUJERES Y LA POLÍTICA

En Francia ¿no habrá sido quizás la influencia de las mujeres, que se fue acrecentando continuamente desde la época de Luis XIII, la responsable de la gradual decadencia de la corte y del gobierno, que condujo a aquella primera revolución de donde derivó luego el resto de los trastornos.

LA SABIDURÍA DE ARISTÓTELES

Aristóteles explica en su *Política* (libro II, capítulo 9) las grandes desventajas que les trajo a los espartanos las tantas concesiones que hicieron a las mujeres, que gozaban de herencia, dote y mucha libertad; y de cómo ello contribuyó a la decadencia de Esparta.

XV

LAS DAMAS Y LA CABALLEROSIDAD

LAS DAMAS

En el mundo occidental la mujer, es decir la que llamamos “dama”, se encuentra en una *fausse position* (falsa posición) porque esa mujer, que para los antiguos era *sexus sequor* (sexo sumiso), no está en posición de merecer nuestra estima y veneración, de levantar la cabeza por encima del hombre y de tener los mismos derechos que éste. Las consecuencias de esta *fausse position* son evidentes. Por tanto sería deseable que también en Europa a este número dos del género humano se le asignara el lugar que le corresponde por naturaleza y que se pusiese freno a este exabrupto de las “damas” del cual no solo se ríe todo Asia, y del cual también se hubiera reído Grecia y Roma. La abolición de estos absurdos traería consecuencias incalculablemente benéficas desde un

punto de vista social, civil y político. .. La verdadera “dama” europea es un ser que no debería existir en absoluto; por el contrario, deberíamos tener amas de casa y jóvenes que esperen serlo y que, por lo tanto, fueran educadas no en la arrogancia sino en la vida de hogar y la sumisión.

LA CABALLEROSIDAD

La caballerosidad como forma de vida social se fundamenta en un entrevero de costumbres rudas y fatuas, con sus ridículas fanfarronadas pedantemente elevadas a sistema, con su degradante superstición y con una veneración hacia las mujeres dignas de los simios, un residuo de la cual –la galantería– justamente correspondida con arrogancia por parte del sexo femenino, se ha conservado hasta hoy, dando pie a que los asiáticos se rían de los europeos, como se habrían reído también los griegos. En la época dorada del Medioevo, aquellas costumbres llegaron a ser un servicio formal y metódico prestado a las mujeres, con hazañas heroicas, impuestas mediante el *cours d’amour* (curso de amor), con la ampulosa poesía de los trovadores y más. Hay que destacar, sin embargo, que estas payasadas, que por lo demás tienen su lado intelectual, entraron en vigor sobre todo en Francia, mientras que, entre los torpes y materialistas alemanes, la clase de los caballeros se distinguía por sus borracheras y sus saqueos: las grandes jarras y los castillos para las rapiñas estaban a la orden del día en los países germánicos, aunque en las cortes reinantes no faltaba, desde luego, uno que otro fatuo cantante de amor.

XVI

¿QUÉ QUEDA POR CONOCER?

¿QUÉ HOMBRES PREFIEREN ELLAS?

La naturaleza ha destinado a los hombres jóvenes, fuertes y bellos para asegurar la propagación del género humano, a fin de que la descendencia no degenera. Tal es la voluntad de la naturaleza, de la cual son expresión las pasiones de las mujeres. Esta ley es anterior a cualquier otra en antigüedad y

fuerza. Por ello, ¡ay de aquel que permite que sus propios derechos e intereses cierren la vía a dicha ley! A la primera oportunidad será aplastado sin piedad.

Las mujeres prefieren a los hombres entre los treinta y los treinta y cinco años de edad, y hasta los prefieren a los adolescentes que, sin duda, representan la máxima belleza humana. La razón es que no se guían por el gusto sino por el instinto, que reconoce que en esta edad la facultad de procrear se encuentra en su punto más alto. Por lo general, no se fijan mucho en la belleza, en especial la de la cara; es como si ellas asumieran sólo para sí la tarea de traspasarla a los hijos.

LA INTELIGENCIA NO ES IMPORTANTE

La falta de inteligencia no es importante para las mujeres. En cambio, el exceso de inteligencia o incluso el genio, al no ser normal, podría tener un efecto desfavorable. Esta es a menudo la razón por la cual un hombre feo, estúpido y tosco tiene más éxito con las mujeres que uno culto, inteligente y fino.

QUÉ MORAL SEGUIR

La moral secreta, nunca expresada, más bien inconsciente, pero innata, de la mujer es esta: "Para nosotras es lícito engañar a quien crea haber obtenido un derecho sobre la especie sencillamente por habernos brindado un poco de cuidado a nosotras como individuos. La calidad y el bien de la especie han sido confiados a nuestros cuidados, mediante la generación venidera que nosotras originamos; y deseamos administrarlos a conciencia". Las mujeres, sin embargo, no son para nada conscientes *in abstracto* de aquel principio supremo, tan sólo *in concreto*, y no tienen otra expresión para ello que su propia forma de actuar cuando se presenta la oportunidad. En tal caso, la conciencia las deja, por lo general, más en paz de lo que se puede suponer, porque, en el fondo más oscuro de su corazón, están seguras de poder faltar a sus deberes hacia el individuo para poder cumplir mejor con sus deberes hacia la especie, cuyos derechos son infinitamente mayores.

DONDE FUERES, HAZ LO QUE VIERES

En algunos países existe la mala costumbre de que las mujeres lleven fardos sobre su cabeza, lo cual no deja de causar un efecto negativo sobre su cerebro (intelecto).

HASTA LOS HOTENTOTES

En casi todos los pueblos de la tierra, antiguos y modernos, incluso los hotentotes, la propiedad pasa en herencia sólo a la descendencia masculina. Tan sólo en Europa esta costumbre fue abolida, mas no por la clase aristocrática.

¡VIVA EL ORIENTE!

Tendríamos que añorar el Oriente. Allí el hombre, una vez había provisto techo y alimento para sus mujeres, no tenía que ocuparse más de ellas. Podía ir a la guerra, ejercitarse en las armas, escuchar a los sabios, evitando así aquel envilecimiento que pone a un hombre valiente a los pies de una tonta. En fin, era libre, ya que muchas mujeres lo protegían de un único amor.

ENTRE LOS LÍMITES DE LA RAZÓN

Sólo infundiéndoles temor puede mantenerse a las mujeres dentro de los límites de la razón. En el matrimonio es necesario mantenerlas dentro de estos límites, ya que con ellas se comparte lo mejor que uno tiene, así con ello se pierda en felicidad y amor lo que se gana en autoridad.

ESPERAR AL ACECHO

La memoria es un ente caprichoso y bizarro, comparable a una muchacha joven: a veces se rehúsa, de forma totalmente inesperada, a dar lo que ha dado cientos de veces, y luego, cuando ya no pensamos más en ello, nos lo trae por su propia iniciativa.

NO IMITES A PETRARCA

No ha habido uno sino muchos Petrarcas, que han tenido que arrastrar tras de sí toda su vida, como una cadena, como una bola de hierro atada al pie, su sed de amor insatisfecha, confiando sus suspiros a la soledad de los bosques... Si la pasión de Petrarca hubiese sido satisfecha, su canto hubiera enmudecido desde entonces, como el de los pájaros tan pronto desovan.

... TAMPOCO A KANT

Permitidme, para aliviar un poco el discurso, hacer una comparación jocosa y hasta frívola: comparar a Kant, con su tendencia a mistificarse a sí mismo, con un hombre que durante un baile de máscaras danza toda la noche con un mujer disfrazada y piensa haberla conquistado, hasta que, al final del baile, la mujer se quita la máscara y ..¡Resulta ser su esposa!

PLANIFICACIÓN DE LOS NACIMIENTOS

Si se pudiera castrar a todos los bribones y encerrar en un convento a todas las tontas sin cerebro, si se pudiera asignar a todo hombre de carácter noble un harén entero y proveer a las doncellas, dotadas de ingenio e inteligencia, verdaderos hombres, pronto nacería una generación que eclipsaría la época de Pericles.

RECHAZAR LOS OFRECIMIENTOS

Ninguna mujer (exceptuando las prostitutas declaradas) se ofrecerá de manera espontánea. Por más bella que sea, una mujer se arriesga a un *refus* (rechazo), puesto que a menudo las enfermedades, los malestares, los compromisos y la quisquillosidad le quitan al hombre todo deseo, y un *refus* sería un golpe mortal para su vanidad. Por el contrario, tan pronto hayamos dado el primer paso, tranquilizándolas frente a ese peligro, quedaremos a la par y las encontraremos más accesibles.

“VANIDAD DE VANIDADES”

Obtener los favores de una mujer muy bella sólo mediante la propia personalidad es tal vez un placer mayor para la vanidad que para los sentidos, por cuanto se tiene la certeza de que la propia personalidad es un equivalente de aquella persona apreciada, admirada y divinizada sobre las demás. También por esto el amor desdeñado es tan doloroso, sobre todo si va unido a unos celos infundados.